

Arrupe, el amor más grande que la ley

Pedro Miguel Lamet, s.j.*



"Gracias a su compromiso con la justicia y a su estilo netamente evangélico la Compañía ha llegado a ser un poco más de Jesús"

Jon Sobrino

Un aplauso, un estallido de emoción, atronó la iglesia del Gesú de Roma cuando unos jóvenes religiosos cogieron en hombros su ataúd. Era el adiós vibrante de la Ciudad Eterna, cuyas piedras saben tanto de fe y poder, de autenticidad y mentira, a un hombre singular, que el primer ministro Giulio Andreotti acababa de atreverse a canonizar por su cuenta comparándolo a otros santos, como Ignacio de Loyola y Felipe Neri, que habían honrado con su muerte a la ciudad.

Ahora sí, cardenales, obispos, multitud de fieles rendían homenaje a Pedro Arrupe en una fría mañana de febrero. Pero ¿quién se había acordado durante sus diez años de postración y humillación de "don Pedro", la figura del posconcilio, el líder de la renovación de la vida religiosa, el creador del término "inculturación", el "soldado del diálogo", el profeta de la libertad y la justicia entre dos guerras?

Sigilosamente, como el que tuviera conciencia de estar haciendo algo "malo", me deslizaba hace ocho años por los pasillos de la curia para entrevistarle diariamente durante el mes de agosto en 1983. Entonces estaba ya abatido, aunque no derrotado, por una trombosis cerebral que le dejó mermado en sus facultades durante el verano de 1981, y sobre todo con el alma rota por otro mazazo mayor: la decisión del Papa de interrumpir el proceso constitucional de la Com-

pañía de Jesús, de la que era prepósito general, desautorizando al vicario nombrado por él y tomando una decisión sin precedentes: nombrar a un delegado suyo, en la persona del padre Paolo Dezza, el viejo luchador de ochenta años, que se encontraba exactamente en las antípodas del pensamiento de Pedro Arrupe. Transparente, con su sonrisa torcida, besando las manos de quienes intentaban besárselas, pálido entre las sábanas y las paredes blancas de la enfermería, Arrupe atravesaba la noche oscura sin dejar de permanecer vigilante hasta el final.

CIUDADANO DEL MUNDO

El niño, que en 1907 viera la luz en el Bilbao siderúrgico de comienzos de siglo, dentro de una familia burguesa llegaría a ser un muchacho feliz, que despertó a la otra cara de la vida en contacto con la muerte prematura de sus padres, y a la injusticia en los suburbios del Madrid de los años veinte. El Nobel Severo Ochoa asegura que Arrupe era el mejor de su clase de medicina y, su profesor, el famoso Juan Negrín se enfadó cuando Pedro se fue al noviciado de Loyola.

A partir de este momento Arrupe se mostrará con una doble personalidad; exigente para sí, y el más cariñoso y abierto de los hombres para los demás. Loyola, Oña (Burgos), Marneffe, Valkenburg, Cleveland, abrirán el corazón de este joven vasco hasta convertirlo en ciudadano del mundo, para realizar el más grande de sus sueños: pisar la tierra que evangelizara Francisco Xavier.

Las lágrimas que llenaron sus mejillas al divisar el puerto de Yokohama, volverían a brotar de sus ojos en la cárcel de Yamaguchi, al experimentar a Cristo desnudo, en la incertidumbre de un juicio absurdo que le acusaba de “espía internacional”. Y esa luz interior, que en Oña le había dicho “tú serás el primero”, estalló en energía

de amor y libertad, cuando el B-29 que pilotaba Paul Tibbets depositó la primera bomba atómica de la historia en la desolada ciudad de Hiroshima. Desde aquel reloj parado a las 8:15 del 6 de agosto de 1945 hasta el 5 de febrero de 1990, en pleno absurdo de la guerra del Golfo, Arrupe ha derrochado creatividad, alegría y ganas de servir a una Iglesia que despertaría a su vez en el Concilio Vaticano II y que acabó por marginarlo y, en cierta manera, destruirlo en el periodo de restauración e involucionismo que le aqueja a partir del último Pablo VI.

La decisión de impulsar a los jesuitas al compromiso por la justicia fue algo que sintió dentro de sí como una exigencia mística e irrenunciable. La actitud de diálogo con el marxismo y con cualquier hombre era la consecuencia de un alma iluminada, que se abrió en los años cuarenta a la inculturación en el Japón, aprendiendo los caminos del Zen. Cualquier hombre, hasta un criminal, como defendió nada más ser elegido prepósito general de la Compañía de Jesús, tiene dentro de sí “el elemento cristiano”, y un increyente debe ser respetado y tratado “con el mismo cuidado con que los japoneses tratan a la flor del loto”.

No era de extrañar que Arrupe defendiera a Teilhard de Chardin, visitara en la cárcel a Daniel Berrigan, el jesuita que quemara los archivos de reclutamiento del Vietnam, y hablara sin miedo a los dictadores, como Franco y Stroessner.

LA LIBERTAD INTERIOR

Arrupe había alcanzado la libertad interior. Estaba convencido de que una persona es más importante que cualquier institución. Y cuando alguien se quejaba de los que abandonaban su orden religiosa, exclamaba: “el último que apague la luz”, o “ahora tenemos que quejarnos más”. Tenía tal sentido del

humor que le ayudaba a estar por encima y creer en las personas. Por eso le acusaron de relajar a la Compañía de Jesús, donde tantas veces las personas habían sido peones anónimos en función de la causa.

Desde Arrupe, gracias a su compromiso con la justicia y su estilo netamente evangélico, la Compañía, ha llegado a ser, como ha dicho Jon Sobrino, “un poco más de Jesús”. El Papa Juan Pablo II, aunque no compartiera sus orientaciones, debió intuir algo de esto, cuando no quiso dejar de visitarlo antes de que Arrupe falleciera.

Su imagen, como la definía un japonés ex novicio suyo, “alta y clara como el Fujiyama”, quedará en la Iglesia como la de un testigo y un profeta de nuestro tiempo, mártir de la involución y precursor de una nueva Iglesia más abierta, donde el corazón del hombre, de cualquier hombre, esté por encima de la ortodoxia, y el amor antes que la ley, como enseñó Jesús de Nazaret.

*Autor de la biografía del P. Pedro Arrupe, Revista *El Ciervo*, marzo de 1991.